

Un cuento de Pardo Bazán olvidado, el *pendant* de “Travesura pontificia”: “Travesura regia”, o cómo se gemina un cuento

Cristina Patiño Eirín

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

RESUMEN

El cuento “Travesura regia” de Pardo Bazán, que los lectores contemporáneos de la autora conocieron en páginas ilustradas por Sileno y en el formato de una revista elegante, ha permanecido olvidado entre los papeles de la autora y sólo accesible hasta ahora a quienes se han acercado al Archivo de la Real Academia Galega, que lo custodia. Este trabajo edita el texto de este cuento, perteneciente a la fase final de la obra pardobazaniana, al tiempo que plantea algunas de las posibles circunstancias de su redacción en paralelo con el sí conocido “Travesura pontificia”.

PALABRAS CLAVE: Pardo Bazán, cuento no registrado, siglo XX, “Travesura regia”, “Travesura pontificia”.

ABSTRACT

The story entitled “Royal Mischief”, known by the author’s contemporary readers through the pages illustrated by Sileno, in the format of an elegant periodical, has been cast into oblivion amid the author’s papers, being accessible only to those who have visited the Archives of the Real Academia Galega. The present article edits the text of this story which belongs to the final stage of Pardo Bazán’s work, while suggesting some of the possible circumstances of its writing in a parallel way with the well-known “Papal Mischief”.

KEY WORDS: Pardo Bazán, not registered story, 20th century, “Royal Mischief”, “Papal Mischief”.

Un par de travesuras de Pardo Bazán, –permítasenos la licencia de llamarlas así por lo que luego se verá–, que ella adjetivó respectivamente *pontificia* y *regia*, formaron en su día un díptico de cuentos –“La risa es la razón, la risa es el alma”, aseveraba dando el tono el primero, de ambientación vaticana– que los lectores contemporáneos de la autora pudieron apreciar en su justa medida ya entrado el siglo XX. Transcurridos probablemente más de cien años desde la fecha en que dicha doble travesura rojinegra se hizo efectiva en las páginas de sendas revistas, no carece de sentido rescatar la segunda de las travesuras, habida cuenta de que nunca fue recogida por la autora en sus libros de cuentos, a diferencia de la primera y matricial, la pontificia, ni que sepamos reimpressa en otro formato, pero sí ha quedado testimonialmente presente en su archivo personal (ARAG: 262/58), adonde hubo de llegar por intercesión de la propia autora o de algún allegado que guardó a buen recaudo las hojas de la revista que contenían el relato.

Es lástima que esa mano propicia no anotara al mismo tiempo, como a veces hacía doña Emilia, el título de la publicación periódica de donde lo extraía mutilando así el número. Ni la página precedente ni la posterior, también sin numeración, nos dan otras señales que la presencia de la firma de Rodolfo Gil, polígrafo cordobés que colaboró en revistas y periódicos de su tiempo como *ABC*, entre otros, y de una nota cómica firmada por Manchón que incide en la tesitura del humor y las sales que parecen presidir la publicación, o al menos estas pocas páginas.

No es tarea fácililiar este relato de Emilia Pardo Bazán a ninguna de las múltiples cabeceras conocidas que fueron depósito de los textos de ficción breve de la autora de *La dama joven*. Si analizamos con detenimiento los parámetros de que son testimonio las dos hojas conservadas, veremos que la estructura de la página, la cuidada tipografía, el diseño, –y especialmente la doble columna–, la calidad del papel y los dibujos avalarían su pertenencia a las páginas de una revista como *Alrededor del Mundo* o como, sobre todo, *Blanco y Negro*, descartadas con anterioridad muchas otras publicaciones tras una intensa y, hemos de consignarlo ya, infructuosa búsqueda. Debiera ser de cronología posterior a 1907, por no colaborar *Sileno* –Pedro Antonio de Villahermosa y Borao (1869-1945), célebre en *Gedeón*, “es el hombre que sonríe”, dice de él José Francés al publicarse un álbum de sus caricaturas (*La Esfera*, 14-IX-1918), ilustrador del cuento por partida doble– durante el lustro anterior a ese año en esta publicación y por ser a todas luces presumible, dada la confesada distancia que en su aparición entabla con respecto a “Travesura pontificia”, de 1890 (*La España Moderna*, marzo, pp. 5-13; en 1891, *Cuentos*

escogidos, abriendo la colección; en 1899, en *Cuentos sacro-profanos*), y, a mayor abundamiento, por el carácter condesil de la firma. Ciertamente, nos hallamos ante un relato de su ciclo *de senectute*, si es dable la expresión para aludir al período en que doña Emilia, cumplidos ya los tramos de su plenitud vital e intelectual, acaso también literaria, completa su *Opera Omnia* con retazos que va trasegando a las secciones de cuentos de revistas de aquilatada presencia y notorio empaque tipográfico, vertiente ésta que no obsta para que la autora de *Allende la verdad* prodigue también su contribución literaria allí donde las colecciones populares –que nacen, conviene recordarlo, a partir de 1907– solicitan de los autores consagrados, y en trance ya de ceder la antorcha literaria, un cuento o una novela corta.

Pertenece sin duda a la primera vertiente –la del lujo del papel *couché*, el formato generoso y el notorio complemento que la ilustración de un dibujante ya famoso confieren, circunstancia esta última que faltaba en el cuento pontificio– el que aquí nos ocupa como objeto de rescate editorial, “Travesura regia”. La presentación de “Travesura regia” responde a ojos vista a la de las obras de autores que se han ganado el privilegio de ocupar dos páginas, dispuestas en espejo y completas, de una publicación de lujo, visible también en los dos dibujos que acompañan el cuento y que de entrada prenden la atención de cualquier lector o lectora que entonces hojeara la revista con ánimo de entretener una tarde de asueto antes de acudir al teatro o a la ópera. Antes que el título, que sigue al primer dibujo y que, pese al relieve de sus letras capitales, deviene subsidiario, es el poderoso atractivo de la imagen, tan ancha como las dos columnas en que se reparte el texto y además expandida sin marco que la separe de la letra, lo que atrae la pupila del lector curioso, de la lectora ociosa.

Los dibujos, firmados de manera ostensible por Sileno –y este marchamo de autor, con su peculiar relieve, que fue cambiando, precede, lo mismo que su trabajo, al contacto con el texto– relegan, dentro del espacio que la página gestiona verticalmente con el auxilio de los tonos gradativos de blancos, grises y negros, la otra firma que aquí comparece y que pese a rubricar más de dos tercios del espacio disponible, tarda en hacerse patente. Lo hace finalmente con la rotundidad del título real –¿de concesión reciente, si pensamos en una datación posterior a 1908?– y de la marca ya registrada que se da toda en letras mayúsculas: LA CONDESA DE PARDO BAZÁN. En ese entorno, sería difícil escamotearle protagonismo y, sin embargo, éste queda algo mermado con la mención, que se reitera ahora entre paréntesis y cierra el cuento antes del adorno filomodernista que ocupa el colofón, de un “Dibujos de Sileno”.

Las características tipográficas –la letra, los márgenes, los espacios en blanco, la doble columna, la ausencia de corondel y de página enmarcada...– responden en gran medida a las que la revista ilustrada *Blanco y Negro* se esmeró en cultivar, con algunas variaciones, desde finales del siglo XIX en adelante. Es lástima que no podamos acreditarlo fehacientemente y ello pese a un exhaustivo rastreo de la publicación. De él se desprende la gran proximidad de “Travesura regia” a los modos de gestión de la página y tipográficos del año 1914, en particular la ausencia de corondeles –que se retoman en años sucesivos y aparecían también en los inmediatamente anteriores–, amén de darse también los demás requisitos de “Travesura regia”: colaboración de Sileno, doble columna, lujoso papel, páginas no enmarcadas, colofones vegetales, en fin. Y, sin embargo, aun contando con que el estallido de la Gran Guerra aquel año hacía poco oportuno un relato risueño como el presente, ni siquiera en los primeros meses el semanario incluyó el cuento en cuestión. Acaso quepa aventurar que formase parte de algún número extraordinario o suplemento, y no compilado por cierto en las colecciones de *Blanco y Negro* a que hemos tenido acceso. O bien que se encuentre en alguna otra revista que ahora no podemos determinar, ni siquiera con la inestimable ayuda de Jesús Rubio y Cecilio Alonso.

Nos hallamos ante un cuento que no es sólo un cuento, o una travesura; es también una estampa que desglosa icónica y verbalmente en dos secuencias una fábula que anticipamos en los perfiles de un niño-adolescente que pasa de largo ante varios lienzos de soberbia prestancia nobiliaria y seguido de una dama de porte señorial pero que, a diferencia del joven, de rasgos y atuendo áulicos, reviste en su estatura y en las facciones de su rostro el porte de una estantigua algo caricatural, pese al tul del tocado, la cola del vestido, la banda honorífica que lo enaltece, y las consabidas perlas. Similar asimetría se da en la segunda viñeta, también bajo el signo dinámico de un trayecto, aunque invierta ahora la dirección y sea el muchacho el que sigue con la mirada, ya no con el cuerpo que deja de pedalear montado en la bicicleta, a la dama a la sazón encorvada y desprovista de la altivez gestual del primer escaque. El lector no podrá evitar sumergirse en lo que sólo la palabra escrita puede desvelar y que, siendo avezado en la materia, tal vez intuya o anticipe vagamente. En cualquier caso, el paratexto del título pierde fuerza sorpresiva o capacidad sugestiva siendo como es ancilar de la imagen e incluso redundante en cierto sentido: es claro el tono humorístico en el dibujo –explícito en la voz ‘travesura’–, del mismo modo que las puñetas rematadas en puntillas de encaje con que se viste el niño, en el primer dibujo,

o la pechera de marinerito propia de los vástagos de familias acomodadas, amén de la balaustrada palaciega, del segundo, hacen superfetatorio el adjetivo 'regio' y amplifican hasta las dos primeras décadas del siglo XX la posibilidad de ubicación diacrónica. El oxímoron del título –ya que se trata de una unión de semas inesperadamente contradictoria: ¿cómo se compadece lo propio de un rey con la conducta traviesa?– se daba ya, por adelantado, en el texto visual.

El cuento propiamente dicho nos es transferido con otra mediación, ésta de carácter verbal o discursivo, porque lejos de llegar a nosotros por la vía de la habitual tercera persona ("Érase una vez...") irrumpe de la mano de una primera ostentosa en el primer posesivo ("mi cuento") y en la idea de que postula como probable que los lectores de "Travesura regia" han de recordar su antecedente expreso: "Travesura pontificia". Por muy aficionado que fuese el lector de una revista como ésta, destinada sin duda a proporcionar solaz a las clases medias altas, es poco verosímil que recordase aquel otro cuento, máxime si como era el caso proliferaban los relatos en las publicaciones periódicas y los géneros breves disfrutaban especialmente de favorable acogida. ¿Qué autor podía exigir o esperar esa buena memoria de sus fieles lectores teniendo en cuenta, además, que "Travesura pontificia" había sido publicado "muchos años hace"?

Sólo en el caso de un cuento que hubiese concitado especial aplauso, o causado singular asombro o incluso escándalo, se podía tal vez suponer que se hubiese mantenido en el recuerdo colectivo a lo largo de los años. Tratándose de un cuento coleccionado en volumen exento, en varias oportunidades, indicio claro del aprecio que le merecía a su autora, su vigencia podía ser mayor, pero no asegurada. El arranque de "Travesura regia" descansa en dos basamentos que sólo un hábil escritor de cuentos puede haber echado: el primero, la aparente soberbia primopersonal –sutil reclamo lector que tal vez el cuento engastado desmienta, cualquier lector/a querría saberlo–; el segundo, el guiño que representa ir al final y leer el nombre de quien lo firma. El pórtico nos invita a entrar en el juego, el pacto autorial no esconde cartas en la manga: se trata de un cuento para reír, cualquier despropósito viene bien, de chispeante diálogo. No es crónica como "Lo que me contó un abate", anécdotas en sarta bajo el paraguas de la presunta desmemoria, como hizo Galdós en la sección así intitulada de sus *Memorias de un desmemoriado* evocando también travesuras pontificias.

Únicamente aquel lector que haya reprimido su impulso de leer la firma de "Travesura regia", dispondrá no obstante del mayor capital humorístico e

interpretativo porque el arranque del cuento utiliza la baza pedagógica de manera exhibicionista como si se tratase de explicitar lo evidente buscando una moraleja que sólo tácitamente puede ser admisible. A menos que el cuento presente lo fuese para niños, como el infante de mirada inocente dibujado por el humorista gráfico Sileno, niños que aprenderán algo sin sentirlo... Que la severidad de los mayores puede no serlo tanto o no es siempre posible, incluso para el más ceñudo. El cuento apela –no olvidemos su primigenia condición de tejido que envuelve– a cierto nivel infantil decodificador, a un estrato lúdico de la conciencia lectora.

Un cuento para ser leído en familia. Los pequeños de la casa empezarían prescindiendo de los dos primeros párrafos autoriales –y harían bien–, los adultos no evitarían esa transacción seguros de vencer el reto. Todos los lectores quedarían persuadidos de algo que sin duda pudo aprender la autora de “El Príncipe Amado”: que hay cuentos para todos, que el cuento puede constituir un instrumento de pedagogía si subvierte la doctrina al uso, la rutinaria manera de aprender punitivamente, y deja al lector el margen de decidir desde el asombro de lo que no es, desde luego, políticamente correcto.

El cuento se vale de estrategias de repetición anafórica que lo asimilan al relato tradicional y muestra muchos de los mecanismos hipnóticos a él adscritos en la fluencia de la oralidad, como el polisíndeton, los símiles nítidos, la ausencia de nombres propios fuera de la entidad que personifican y categorizan –el Niño o el Nene, la Camarera mayor, la Marquesa, el Profesor–, los registros coloquiales (“allí existía embuchado”; “la había hecho pupa”), los persistentes diminutivos, la falta de un preciso cronotopo que aísle o acote impidiendo el fluir del relato que discurre sin tiempo ni espacio marcados, la ausencia de claves, las exclamaciones, los puntos suspensivos, las expresiones de leve espíritu denigratorio –por proferidas por labios infantiles (“bruja de los demonios”) y subsumidas en el estilo indirecto libre–, la indeterminación nominal y espacio-temporal como factores sin anclajes históricos y por ende de universalización, el aliciente de los objetos mágicos de sonoro y elusivo nombre (“la pasta rubí”, “la escarcela de seda”, “los palitos de Chester”, la bicicleta traída de Londres)...

“Travesura regia” urde un cañamazo de microaventuras cortesanas vividas por un niño, que pudiera ser cualquier niño, incluso el futuro Alfonso XIII, sujeto a los imperativos de la educación reglada, a la rigidez de una obediencia que se pretende omnímoda, al ejercicio de una etiqueta que se

revela hueca y empecatada. El rigor educativo coarta y castra los impulsos naturales pero “el instinto siempre acaba por triunfar” y el infante termina por aprender lo que no debe, tan tensa ha quedado la cuerda de su educación.

Espejo de príncipes a contrapelo, “Travesura regia” bien pudiera ser un cuento infantil para lectores adultos dado el trasfondo reflexivo que late en él y que doña Emilia había ido acrisolando en sus preguntas a Giner y en la crianza de sus hijos: la revisión de unas pautas educativas que se han quedado obsoletas y que urge adaptar a los tiempos. Esto leerían los buenos entendedores, los padres; a los niños les quedaría el regusto de ver vengadas las prácticas abusivas de los mayores de la mano de un niño insolente sólo en la travesura.

Transcribo a continuación “Travesura regia” con la sola salvedad de corregir la puntuación allí donde es evidente (el mal uso de una coma, la falta de un signo de apertura o cierre, lo arbitrario de una tilde), así como la ortografía, acomodándola a los usos actuales, manteniendo abreviaturas y depurando de erratas el texto de Emilia Pardo Bazán. Estimo un buen ejercicio comprobar, teniendo a la vista la algo más extensa “Travesura pontificia”, –y creo que doña Emilia procedió así al escribir la regia–, el grado de similitud constructiva, elocutiva y tonal que ambos cuentos entrañan, siendo su principal diferencia que el segundo tiene doble ilustración y el primero carece por completo de ella –¿no sería demasiado irreverente por su protagonismo pontifical?–. Puede concluirse que nos hallamos ante dos cuentos que son uno o bien ante un cuento geminado: he aquí a una Pardo Bazán doblemente traviesa.

TRAVESURA REGIA

Los que hayan leído mi cuento “Travesura pontificia”, publicado muchos años hace, acaso recuerden que en él expuse la opinión de que los personajes más graves, respetables y constituidos en cargos más eminentes no están siempre serios y poseídos de su importancia, sino que muchas veces desarrugan el ceño y se entregan a sencillas bromas, necesarias para dar un poco de expansión al espíritu; porque, según dijo quien lo entendía, el arco no ha de estar flechado siempre.

Pero, en la travesura que voy a referir, hay algo más natural y explicable aún; como que el travieso aquí es un niño, y mejor, pudiera decir el Niño, que así se le llamó mucho tiempo, porque aún no había nacido a la luz del día, y ya era monarca.

El Niño fue, desde el punto y hora de su llegada al Mundo, más despabilado que unas candelas, más vivo que una pólvora, más reparón que un prestamista, más observador que un astrónomo, y más revoltoso que el viento; pero todos estos instintos, que libremente se desenvuelven en el pilluelo de la calle, y dan por resultado diabluras increíbles, en el Niño estaban fiscalizados, reprimidos, contrarrestados por la leyes de la etiqueta y las prácticas de una severa pedagogía, y sólo podía la travesura manifestarse con ocurrencias saladas y acciones menudas, pero reideras, que hacían cruzar una ráfaga de alegría por los salones, donde los retratos de cuerpo entero de los abuelos, melancólicos y cubiertos de oro y condecoraciones, y de las abuelas empolvadas y diademadas, parecían desarrugar el ceño y colorear su secular palidez al paso del pequeñuelo, que alzaba sus ojos inocentes para contemplarlos.

El Niño tenía su Camarera mayor, ¡vaya si la tenía!, sin que el hecho, allá en el fondo inexplorado aún, de su sensibilidad, dejase de molestarle unas miajas... A los hombres –¡y él era un hombrecito!– los deben servir guapos militares, de retorcido mostacho, que hablan de batallas y llevan al costado un sable reluciente, al pecho cruces que suenan al chocar de puro apretadas; en los tacones, espuelas que hacen pensar en ardientes galopadas, por campos inundados de sol ... Le gustaría al Niño que aquellos bigotes negros le arañasen las mejillas, y contra el terso paño de aquellos uniformes se apretase su pecho, latiéndole el corazoncito de un entusiasmo que no sabía explicar; como ignoraba las causas de que cuanto hiciese o dijese aquella respetable señora, su Camarera dignísima, le sacaba de quicio, infundiéndole las ideas más picarescas y los impulsos más empecatados...

Cierto día, como uno de los familiares de la regia Cámara hubiera rehabilitado un título de Duque y el Niño, que le conocía por otro de Conde, le saludase familiarmente con él, la Camarera, evocando a Ruy Blas, adelantose y dijo con énfasis:

- Señor... el Grande que está en presencia de Vuestra Majestad ayer era Conde de la Cumbre, y hoy es Duque del Collado.

Quedose el Niño profundamente pensativo cosa de un segundo; y, enseguida, con súbito arranque, gritó:

- Pero ¿tú eres Cumbre, o no eres Cumbre?

- Cumbre soy, señor –exclamó el Grande, riéndose a pesar suyo.

- ¿Lo ves, bruja de los demonios? –prorrumpió el Niño-. ¿No decía yo bien?

Por supuesto, el exabrupto costó al Niño reprensión y corrección, para que no volviese a pecar; con lo cual, la tirria que involuntariamente iba inspirándole aquella señora, tan montada a caballo de la etiqueta, adquirió caracteres amenazadores. ¡Si el Niño se atreviese! ¡Qué bofetón en las mejillas de pergamino! ¡Qué copa de agua derramada a propósito sobre el traje de seda rameada, de aire tan anticuado como el mismo rostro de la Camarera! Pero el Niño no osaba. Sabe Dios si lo encerrarían a pan y agua, en algún aposento retirado, tétrico, con doradas cornisas mortecinas, y techos pintados, representando fastidiosas mitologías, angelotes en carnazas y viejos barbudos que empuñan tridentes...

Aconsejaba al Niño la más elemental prudencia que respetase a la Camarera, y no hiciese sino lo que ella mandaba. Pero en los niños, que son más naturales que los adultos, el instinto acaba siempre por triunfar. Llegó una ocasión en que, a la hora del almuerzo, y por si tenía el Nene la servilleta bien o mal puesta, la Camarera intervino, y con sus propias manos quiso arreglar el defecto. Sintiéndose en el cuello los dedos marchitos, de uñas pálidas, –porque aquella señora, de dos generaciones atrás, no había hecho conocimiento con la pasta rubí-, el Niño experimentó un horror insuperable y, para desasirse, forcejeó, manoteó...

La dama exhaló un quejido agudo, un alaridito muy mesurado, porque dominaba siempre en ella la corrección propia de su cargo altísimo; y, desviándose de la mesa, se miró el dedo índice, en el cual, con potente microscopio, pudiérase apreciar un ligero rasguño y algo rojizo que intentó ser sangre... Sacando de la escarcela de seda un pañolito con más encajes que tela, la señora vendó su herida.

Media hora después, la Madre del Niño notó algo insólito en la actitud de la Camarera.

- Marquesa, ¿por qué lleva Vd. la mano así? A ver, ¿tiene Vd. un dedo vendado? ¿Se ha lastimado Vd.?

La denegación de lo que veían los ojos, el balbuceo de mentiras inverosímiles, pusieron de mayor relieve que allí existía embuchado. Y, al fin, confesó la Marquesa lo que estaba deseando confesar, como un militar confiesa una herida gloriosa: que el regio Niño la había hecho pupa...

Claro es que para el Nene hubo castiguito, amén de reprimenda, y nadie dudará de que las simpatías que a su Camarera profesaba no fueron en aumento con el incidente. Al contrario: desde aquel punto y hora, el Niño meditó algo terrible, algo que le vengase. Y desde luego, no dejó de tomar cuentas a la Marquesa.

- ¿Por qué le has dicho a Mamá lo del dedo?

No supo qué contestar la dama. Si se excusaba, parecía mengua de su autoridad. Optó por sacar del lance enseñanzas y teorías morales.

- Porque a Mamá hay que decírselo todo, Señor... Nada debe ocultarse a S. M. la Reina.

- ¿Y le enseñaste el dedo también? –inquirió el Nene, con especial aflicción.

- También, Señor... A S. M. la Reina cuando pregunta hay que enseñárselo todo.

Calló el Nene, y algo que pudiéramos llamar meditación tendió ligero velo gris sobre su faz menuda y delicada, que orlaban bucles de oro pálido. Desde aquella conversación empezó para él una temporada que pudiera llamarse de formalidad. Estudiaba muy bien sus lecciones, no emborronaba con el lápiz los cuadernos, no bostezaba afectadamente, para que el Profesor entendiese que se aburría, no pedía más dulce a la comida, ni se arrojaba ávidamente sobre los palitos de Chester, a la hora del té. En los detalles del aseo y baño, también se mostraba muy dócil. En suma, la Camarera no encontraba qué reprender, no obstante su especial vocación para esta tarea ingrata.

Una mañana, fijando en la Camarera los rasgados ojos preguntadores, el Niño, grave, como debe mostrarse quien lleva la voz de la justicia, hubo de interrogar:

- ¿Le has dicho a Mamá que estoy siendo muy bueno?

Vaciló un momento la señora, porque la verdad era que, en su pesimismo sistemático, no había indicado palabra del asunto; pero, como la inquisidora mirada del Niño se clavase en ella con mayor energía aún, profirió de mal talante:

- No, señor. Todavía no he manifestado a S. M. la Reina... Porque, antes, deseamos ver si V. M. persevera en ser así, formalito.

Una ola de indignación empurpuró las mejillas del Nene. ¡Ah, de modo que, cuando se portaba bien, se lo callaban a su mamá! ¡Y, en cambio, cuando sufría

la Marquesa insignificante rasguño, dábase prisa la vejancona a ir con el cuento, a enseñar un dedo tieso, perfectamente sano por otra parte! Aquello no era justo, no estaba ni medio bien. ¡Aquello merecía que se tomase una providencia!

Y fue por la tarde, a la hora en que el Nene salía a dar su paseo por los jardines de Palacio, ensayando el deporte de la bicicleta –acababan de traerle de Londres una magnífica– cuando, sin previa desazón, fríamente, premeditando bien el acto que iba a realizar, tomando vuelo en rápida carrera, fue, con la mano abierta, a pegar reiterados golpes a la Camarera, allí, –válgame la retórica–, allí donde la espalda pierde su nombre y radica la última vértebra del espinazo, gritando al hacerlo, triunfante:

- ¡Anda! ¡Ve a enseñarle esta pupa a Mamá!

(Dibujos de Sileno)

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN



TRAVESURA REGIA

SIÉNO

Los que hayan leído mi cuento TRAVESURA PONTIFICIA, publicado muchos años hace, acaso recuerden que en él expuse la opinión de que los personajes más graves respetables y constituidos en cargos más eminentes, no están siempre serios y poseídos de su importancia, sino que muchas veces desarrugan el ceño y se entregan a sencillas bromas, necesarias para dar un poco de expansión al espíritu; porque según dijo quien lo entendía, el arco no ha de estar flechado siempre.

Pero, en la travesura que voy á referir, hay algo más natural y explicable aún; como que el travieso aquí es un niño, y mejor, pudiera decir el Niño, que así se le llamó mucho tiempo, porque aún no había nacido á la luz del día, y ya era monarca.

El Niño fué desde el punto y hora de su llegada al Mundo, más despabilado que unas candelas, más vivo que una pólvora, más reparón que un prestamista, más observador que un astrónomo, y más revoltoso que el viento; pero todos estos instintos, que libremente se desenvuelven en el pilluelo de la calle, y dan por resultado diabluras increíbles, en el Niño estaban fiscalizados, reprimidos, contrarrestados por las leyes de la etiqueta y las prácticas de una severa pedagogía, y solo podía la travesura manifestarse con ocurrencias saladas y acciones menudas, pero reideras, que hacían cruzar una ráfaga de alegría por los salones, donde los retratos de cuerpo entero de los abuelos, melancólicos y cubiertos de oro y condecoraciones, y de las abuelas empolvadas y diademadas, parecían desarrugar el ceño y colorear su secular palidez al paso del pequeñuelo, que alzaba sus ojos inocentes para contemplarlos.

El Niño tenía su Camarera mayor, ¡vaya si la tenía!, sin que el hecho, allá en el fondo inexplorado aún de su sensibilidad, dejase de molestarle unas mijajas... A los hombres — ¡y él era un hombrecito! — los deben servir guapos militares, de retorcido mostacho, que hablan de batallas y llevan al costado un sable reluciente, al pecho cruces que suenan al chocar de puro apretadas; en los tacones, espuelas que hacen pensar en ardientes galopadas, por campos inundados de sol. Le gustaría al Niño que aquellos bigotes negros le arañasen las mejillas, y contra el terso paño de aquellos uniformes se apretase su pecho, latándole el corazoncito de un entusiasmo que no sabía explicar; como ignoraba las causas de que cuanto hiciese ó dijese aquella

respetable señora, su camarera dignísima, le sacaba de quicio, infundiéndole las ideas más picarescas y los impulsos más empecatados...

Cierto día, como uno de los familiares de la régia Cámara hubiera rehabilitado un título de Duque y el Niño, que le conocía por otro de Conde, le saludase familiarmente con él, la Camarera, evocando á Ray Blas, adelantóse y dijo con énfasis:

— Señor... el Grande que está en presencia de Vuestra Majestad, ayer era Conde de la Cumbre, y hoy es duque del Collado.

Quedóse el Niño profundamente pensativo cosa de un segundo; y enseguida, con súbito arranque, gritó:

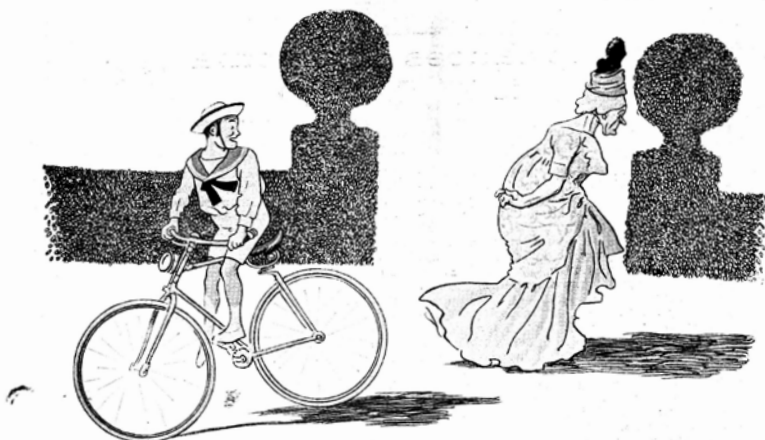
— Pero tú eres Cumbre, ó no eres Cumbre?

— Cumbre soy, señor — exclamó el Grande, riéndose á pesar suyo.

— ¿Lo ves, bruja de los demonios? — prorrumpió el Niño — ¿No decía yo bien? — Por supuesto, el exabrupto costó al Niño represión y corrección, para que no volviese á pecar; con lo cual, la tirria que involuntariamente iba inspirándole aquella señora tan montada á caballo de la etiqueta, adquirió caracteres amenazadores. ¡Si el Niño se atreviese! ¡Qué bofetón en las mejillas de pergamino; qué copa de agua derramada propósito sobre el traje de seda raneada, de aire tan antiecuado como el mismo rostro de la Camarera! Pero el Niño no osaba. Sabe Dios si lo encerrarían á pan y agua, en algún aposento retirado, tétrico, con doradas cornisas mortecinas, y techos pintados, representando fastidiosas mitologías, angelotes en carnazas y viejos barbudos que empuñan tridentes...

Aconsejaba al Niño la más elemental prudencia que respetase á la Camarera, y no hiciese sino lo que ella mandaba. — Pero en los niños, que son más naturales que los adultos, el instinto acaba siempre por triunfar. Llegó una ocasión en que, á la hora del almuerzo, y por si tenía el Nene la servilleta bien ó mal puesta, la Camarera intervinó, y con sus propias manos quiso arreglar el defecto. Sintióndose en el cuello los dedos marchitos, de uñas pálidas, (por que aquella señora, de dos generaciones atrás, no había hecho conocimiento con la pasta rubí), el Niño experimentó un horror insuperable, y para desasirse, forceaseó, manoteó...

La dama exhaló un quejido agudo, un alarido muy mesurado, porque dominaba siempre en ella la corrección propia de su cargo altísimo; y desviándose de la mesa, se miró el dedo índice, en el cual, con potente microscopio,



podíase apreciar un ligero rasguño y algo rojizo que intentó ser sangre... Sacando de la escarcela de seda un pañito con más encajes que tela, la señora vendó su herida.

Media hora después, la Madre del Niño notó algo insólito en la actitud de la Camarera.

—Marquesa, porqué lleva Vd. la mano así? ¿A ver; tiene Vd. un dedo vendado? ¿Se ha lastimado Vd.?

La denegación de lo que veían los ojos, el balleuce de mentiras inverosímiles, pusieron de mayor relieve que asíf existía embuchado. Y, al fin, confesó la Marquesa lo que estaba deseando confesar, como un militar confiesa una herida gloriosa: que el régio Niño la había hecho pupa...

Claro es que para el Nene hubo castiguito, amen de reprimenda, y nadie dudará de que las simpatías que á su camarera profesaba no fueron en aumento con el incidente. Al contrario: desde aquel punto y hora, el Niño meditó algo terrible, algo que le vengase. Y desde luego, no dejó de tomar cuentas á la Marquesa.

— Porqué le has dicho á Mamá lo del dedo?

No supo que contestar la dama. Si se excusaba, parecía mengua de su autoridad. Optó por sacar del lance enseñanzas y teorías morales.

— Porqué á Mamá hay que decirselo todo, Señor... Nada debe ocultarse á S. M. la Reina.

— ¿Y le enseñaste el dedo también? — inquirió el Nene, con especial aflicción.

— También, Señor... A S. M. la Reina cuando pregunta hay que enseñárselo todo.

Calló el Nene, y algo que pudiéramos llamar meditación, tendió ligero velo gris sobre su faz menuda y delicada, que orlaban bucles de oro pálido. Desde aquella conversación empezó para él una temporada que pudiera llamarse de formalidad. Estudiaba muy bien sus lecciones, no emborronaba con el lápiz los cuadernos, no hostezaba afectadamente, para que el Profesor entendiese que se aburría, no pedía más dulce á la comida, ni se arrojaba ávidamente

sobre los palitos de Chester, á la hora del té. En los detalles del aseo y baño, también se mostraba muy dócil. En suma, la Camarera no encontraba qué reprender, no obstante su especial vocación para esta tarea ingrata.

Una mañana, fijando en la Camarera los rasgados ojos preguntadores, el Niño, grave, como debe mostrarse quien lleva la voz de la justicia, hubo de interrogar:

— ¿Le has dicho á mamá que estoy siendo muy bueno? Vacilo un momento la señora, porque la verdad era que, en su pesimismo sistemático, no había indicado palabra del asunto: pero, como la inquisidora mirada del Niño se clavase en ella con mayor energía aún, profirió de mal talante:

— No, señor. Todavía no he manifestado á S. M. la Reina... Porque antes, deseamos ver si V. M. persevera en ser así, formalito.

Una ola de indignación empujó las mejillas del Nene. ¡Ah! De modo que, cuando se portaba bien, se lo callaban á su mamá. Y, en cambio, cuando sufría la Marquesa insignificante rasguño, dábale prisa la vejeconca á ir con el cuento, á enseñar un dedo tieso, perfectamente sano por otra parte! Aquello no era justo, no estaba ni medio bien. ¡Aquello merecía que se tomase una providencia!

Y fué por la tarde, á la hora en que el Nene salía á dar su paseo por los jardines de Palacio, ensayando el deporte de la bieleta — acababan de traerle de Londres una magnífica — cuando, sin previa desazón, fríamente, premeditando bien el acto que iba á realizar, tomando vuelo en rápida carrera, fué, con la mano abierta, á pegar reiterados golpes á la Camarera, allí — vílgame la retórica — ¡allí donde la espalda pierle su nombre y radica la última vértebra del espinazo, — gritando, al hacerlo, triunfante:

— ¡Anda! ¡Vé á enseñarle esta pupa á Mamá!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

(Dibujos de Siene.)

